



SUMARIO.

6 *Texto.*—Incendio del cuartel de Guardias de Corps, por Vite-Celom.—Crónica, por Fernando Costa.—Jaqué al Rey, por Leopoldo Romero.—Documentos antiguos.—Complemento de la biografía del duque de Montpensier, de un libro de M. de Lagueronniere.—Viaducto de Chaumont, por Vite-Celom.—Un termómetro natural, por Enrique Lovescar.—A Orbelia, por Antonio de Zaldívar.—El proceso de Galileo.—El capitán Erradio, por Alberto Montaut.—Soliloquios amorosos, por Lope de Vega.—Aventuras de Chirivitas.—Sección amena.—*Grabados.*—Interior del cuartel de Guardias de Corps.—Puente-viaducto.—Prisión de Galileo.

CUARTOS NÚMERO SUELTO.—MADRID Y PROVINCIAS.

CALENDARIO DE LA SEMANA.

Domingo...	18	S. Eleuterio, ob. y mr.
Lunes.....	19	La Virgen del Milagro.
Martes.....	20	Sta. Inés de Monte-Pulc.
Miércoles...	21	S. Anselmo, ob. y doc.
Jueves.....	22	S. Sotero y s. Cayo, mrs.
Viernes.....	23	S. Jorge.
Sábado.....	24	Buen Ladrón; s. Fidel.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España con opción al regalo de la carpeta.—Un año, 32 reales.
Colonias Españolas y Extranjero.—Un año, 80 rs.
En las demás naciones fuera de Europa.—Un año, 100 rs.
 Se suscribe en su Administración, calle de Prim, 33, bajo, y en las principales librerías del reino y extranjeras.

ANUNCIOS.—Para la segunda mitad de la última plana, 2 reales línea.

MADRID Y PROVINCIAS.—NÚMERO SUELTO,

6 CUARTOS.

AÑO III.—DIRECTOR, D. F. COSTA.

Madrid 18 de Abril de 1869.

ADMON., CALLE DE PRIM, 33.—NÚM. 7.

INCENDIO

DEL CUARTEL DE GUARDIAS DE CORPS.

El grabado que insertamos en la primera plana de nuestro número de hoy, representa la parte mas ar-

tística del cuartel que el fuego no ha podido destruir.

El estado peligroso de las ruinas no nos ha permitido dar hasta hoy ninguna vista de este edificio.

El incendio se declaró el 6 de Marzo, á las once de la noche, en un ángulo del picadero situado en la

ala derecha del edificio, comunicándose enseguida á las cuadras que representa nuestro gradado, y extendiéndose con una velocidad prodigiosa al centro y á la izquierda del cuartel.

Al principio del siniestro los soldados recibieron la



INTERIOR DEL CUARTEL DE GUARDIAS DE CORPS.

orden de vestirse y estar preparados á cualquier evento, sin darles por eso á conocer la causa del movimiento. Luego recibieron la orden de bajar á los patios, y como no se diera mucha importancia al incendio, les hicieron volver á descansar. Pero el fuego tomó pronto unas proporciones tales, que los jefes se vieron obligados á hacer evacuar el cuartel.

El primer momento de terror ocasionó algunas desgracias; algunos soldados se arrojaron por las ventanas, otros perecieron envueltos en las llamas.

El fuego, que se habia apoderado ya de toda el ala izquierda, solo permitió á los soldados de caballería cortar precipitadamente las cuerdas que detenian á los caballos.

Al llegar los bomberos, todo socorro era ya inútil, y se tuvo que abandonar el edificio entero al elemento destructor.

Ocupaban entonces el cuartel, á la derecha, el regimiento de caballería de Villaviciosa; en el centro, el batallón cazadores de Alcántara, número 20, y á la izquierda el regimiento de caballería de Santiago.

Solo se ha podido salvar muy poca cosa, que se ha arrojado por las ventanas.

La parte del cuartel por donde ha empezado el fuego estaba asegurada por la compañía de Seguros Mutuos.

No podemos dar cuenta del valor de las pérdidas por no haberse hecho aún la tasación, pero son considerables. De tan bello edificio no quedan mas que algunas paredes enteramente deterioradas.

VITE-CELOM.

CRÓNICA.

Cierto autor chino, en una obra que no recuerdo, ha dicho que las revoluciones de los pueblos tienen tres épocas. Trágica, dramática y cómica.

PROBLEMA. Averiguar en cual de estas tres épocas nos encontramos.

Yo bien quisiera, amados lectores, no hablaros hoy de política; pero por mas esfuerzos que hago, no puedo vencer las circunstancias que me rodean.

El teatro español murió y no sabemos si resucitará. Tragedia italiana en uno; ópera bufa francesa en otro; can-can en los demás.

¿Puedo ocuparme de teatros?

Hoy apenas hay reuniones; todas son asociaciones y clubs.

Las señoras se asocian y forman ateneos. Todos andan en busca de derechos; no todos cuidan de sus deberes y no pocos huyen de sus deudas.

¿Puedo hablaros de reuniones?

Hoy solo se publican folletos, y ensayos políticos y libelos y folletos y folletos...

¿Puedo hablaros de literatura, en medio de esta epidemia folicularia?

Que los carlistas se asoman á la frontera!
Que se han cogido tres mil boinas y cuatro mil soldaos!

Que un par de alhajas se han llevado las de la iglesia de X..!

Que Napoleon protege al Terso!

Que protege al ex-principito!

Que protege al Coburgo! y al de la cisterna y á Hohenzollern Sinmaringen (?), y en fin á cualquiera que no convenga á España.

Estamos frescos!

Y fresco está tambien aquel caballero gordo que lleva un borreguito y un *lio* debajo del brazo, y que parece que está jugando á las cuatro esquinas.

Va repartiendo prospectos que indican su actual ocupacion.—Leo uno que empieza así: «Especialidad en Reyes» y concluye «No se responde de las averías.» Como este señor es hombre de *peso*, ejerce poderosa influencia y se ha empeñado en darnos un rey

á su gusto, aunque sea á disgusto de todos nosotros.

Cuando dentro de cien años se escriba una historia-verdad de nuestra época, podrá haber un capítulo que lleve este epigrafe: «De cómo dieron varios *feos* á un célebre diplomático, y cómo unos que tomaron té, tomaron despues sendas calabazas.»

En efecto, las recibidas en Portugal han sido MORRO-CO-TU-DAS.

Pero aficionados sin duda á las *cucurbitáceas*, hacen todo lo posible para recibir nuevas remesas.

Capaces son de emprender un viaje á China, llevar allí una embajada y recibir tal vez calabazas de algun primo del soberano del celeste imperio, á quien ofrezcan la corona que, á fuerza de manosearla, de llevarla y traerla, van á dejarla sin brillo y gastada.

Y mientras tanto, pasa el tiempo... la Constitucion va discutiéndose con suma calma; la impaciencia crece; las ambiciones se despiertan; la inquietud y desasosiego nos rodean, y en el horizonte hay puntos negros. La revolucion de Setiembre ha entrado en el sétimo mes de su embarazo. ¿Cuándo saldremos todos del cuidado?

FERNANDO COSTA.

JAQUE AL REY.

ESCENAS DE UN GRAN DRAMA.

Estamos en Versalles y dentro del palacio real.

Si el lector nos sigue, penetrará con nosotros en un apartado pabellon de las habitaciones de la reina, y nos esconderemos con precaucion tras de un mueble enorme, para oir y observar á dos célebres personajes.

Están sentados uno frente al otro, y solo los separa un velador muy lindo, sobre el que hay un magnífico tablero, que sustenta unos monigotillos de diferentes formas. Es un ajedrez.

Hablan; escuchemos pues.

—Sois original, marqués.

—Gracias señora: mas veo que os parezco original y aún no me conoceis...

—Cómo? pues qué, vuestro modo de proceder puede ser mas singular?

—Puede serlo mas; y en cuanto á convencerme... ¡todavía ignorais mi título!..

—Luego no sois el marqués de...

—Señora, el marqués era mi padre, que por cierto no fué nada bueno para mí: yo soy el conde. *Al Rey!*..

—Me distraje efectivamente: pero este alfil me cubre... ¿Qué pensais de Lafayette?

—Que es un buen hombre que apetece la gloria, y que siendo su norte distinguirse, ha sacrificado su título de marqués y su vieja hidalguía, en aras de una república lejana que le olvidará.

—Pero la Francia le mira como su salvaguardia, y algun mérito ha de tener el hombre á quien todos los franceses creen necesario. Yo á fé de Antonieta de Austria, creo que si la monarquía peligrará, Lafayette...

—*Rey y Reina!*..

—Por Dios, Mirabeau, que os valeis de mis distracciones: este doble jaque me destroza: podemos deshacer esta jugada.

—Señora, deshagámosla; mas preveo que será mia la partida.

—¿Por qué?

—Porque teneis mal situadas las piezas: empezó mal vuestra gracia.

—Majestad, conde, majestad...

—Pues bien; decia, señora, que V. M. comenzó mal.

—Sois inexorable. Pobres de vuestros enemigos!..

—No los conozco. Mi carácter impetuoso por temperamento, no por sistema, me atrae las simpatías...

—Granjeaos las mias...

—V. M. es muy linda... yo sería capaz de salvar... *A la Reina!*..

—Cómo! estoy en peligro?... qué buen humor teneis

hoy. Los franceses son incapaces de una villanía: el pueblo de S. Luis y Enrique IV no puede rebajarse hasta el extremo...

—Señora; no nos entenderemos por vuestras distracciones: he dicho á la *Reina*, porque la teneis en jaque.

—Ah! teneis mucho talento, Mr. Mirabeau.

—Dicen que soy osado y... nada mas.

—Yo creo que teneis buena estrella y que ahora es cuando mas brilla.

—Ved ahí, yo estaba pensando lo contrario.

—Y ¿qué pensabais? decidlo sin rebozo.

—Pues pensaba, que vuestro sol...

—Conde, perdisteis una torre y tened cuidado con ese caballo.

—V. M. maneja bien los caballos, es indudable; son las piezas favoritas á lo que veo...

—¿Qué ironía, conde! Tal vez direis eso por que se corre por Paris que la monarquía tiene proyectos de fuga, y nada es menos cierto. El rey, mi caro esposo, piensa como yo, y la corte permanecerá en Versalles ó Paris siempre. No tenemos á Lafayette?..

—Caball; y además que como hé dicho hoy en la tribuna, al defenderme de los ataques de la Asamblea—desde el Capitolio á la roca Tarpeya no hay mas que un paso—y encontrándose atacada la monarquía, es muy noble que esté midiendo siempre, sin retroceder, esa distancia que la separa del abismo.

—Luego, segun vos, conde, solo nos separa un paso del abismo? Luego estamos al borde del precipicio?

—Señora, pensad en que esta digresion os ha hecho descubrir al *Rey*, y que os puedo dar mate en tres jugadas.

—Me cubro con la *Reina*.

—Mal hecho. V. M. no debe cubrir con la *Reina* al *Rey*: no es buen sistema: solo en casos escepcionales puede adoptarse esta medida sin comprometer el éxito.

—Por ejemplo, en política, verdad, conde?.. Veamos, qué puedo esperar de vos; sois ó no nuestro amigo?..

—Yo, señora, quisiera serlo: en V. M. estriba la salvacion de la monarquía.

—Y qué debo hacer, Mirabeau. Por Dios, no seáis tirano...

—Señora!.. ahora conozco que no merezco me tengan por osado: me falta... algo...

—El valor tal vez?..

—Oh! no; el estímulo vuestro.

—Pues ya soy bien franca y...

—*Rey y Reina!*..

—Bueno, sacrificaré la reina; aun me quedan las torres.

—Perdeis la *Reina* y aun pensais sosteneros!..

—¿Quién lo duda?

—Sea, venga la *Reina*.

—Lléváosla que yo me defenderé.

—Si V. M. quisiera... aun podia ser *tablas* la partida...

—Cómo?..

—Dejando yo á V. M. algunas ventajas.

—Entonces... pero no: de todos modos, moralmente yo habria recibido el mate.

—Y así es precisamente. Todo Paris se ocupa de nuestra entrevista, y moralmente...

—Vuestros antecedentes, conde, nos colocan en una posicion difícil.

—Y vuestra belleza, señora, me ha trastornado hasta el punto de estar dispuesto á todo...

—No oís...

—¡La gran traicion del conde Mirabeau!!

—¿En Versalles tambien!..

—Señora, lo oigo... mas todo eso y mucho mas merezco.

—¿Cómo! me asustais conde.

—Paris conoce mis antecedentes, como dice V. M., y cree ahora que todo lo debe temer de mí, y nada es mas positivo... V. M. me ha trastornado... me ha vuelto loco. La reina de Francia me ha pedido una entrevista á solas, la hé visto, me ha propuesto una partida de ajedrez y... vos sabeis lo demas. Paris os condena como á mí y es en vano que pretendamos atajar la opinion.

—Uníos á la monarquía y esperadlo todo de nosotros.

—Yo no quiero nada de la monarquía.

—Esperadlo de la reina de Francia.

—Tampoco, señora: no nos entendemos; yo soy un conde revolucionario.

—¿Y de mí?... ¿No queréis esperar algo de María Antonieta?...

—¡Ah!... sí... contad conmigo. ¡La monarquía se ha salvado!

—Retiraos por Dios, conde.

—¡Adios!... señora.

—Él os guarde.

Un fuerte beso, que nada tenía de respetuoso y sí mucho de voluptuosidad, sonó estampado en la régia mano de aquella desgraciada reina.

Ella, al quedarse sola, dijo:—¡es nuestro!—y se limpió la mano con el pañuelo.

Él, saliendo recatadamente, se dijo:—¡es mial!... la salvaré.

Ambos estaban satisfechos de sí mismos.

Salgamos ahora del escondrijo, querido lector, y puedes irte donde mejor te plazca, hasta dentro de unos días, en que nos volveremos á reunir.

.....
Entra, pues, y no te asusten esas grandes figuras que se cruzarán en nuestro camino, hasta llegar al lecho del grande orador.

Ese es Barnave; ese otro Maury; aquel Robespierre; los tres que bajan unidos son: Target, Bailly y Malonet; los dos que suben son: Verguian y Desmoulins; aquel hombre gigante es Danton; estos los esposos Roland; ese otro, tan súcio y tan feo, es Marat. Separaos un poco para dejar paso á Saint-Just. Todos estos que suben y bajan, entran y salen, aunque de diferente color político, se mezclan hoy aquí para ver á Mirabeau. Cualquiera creeria que ha habido fusion.

¡Mirabeau se muere... parece mentira!...

Oigamos; parece que va á hablar... atención...

—¡Opio... mas opio... esto es atroc... dadme opio!...

¡Ya calló, fatalidad!... silencio!...

—Lafayette tiene un ejército: pero yo tengo mi cabeza...

¡Delira!...

—¡Antoniet!...

¡Atención! abre los ojos, se fija...

—Puedes envanecer de haber tenido entre tus manos la cabeza mas grande de la Francia... (1).

¡Se acabó!... fué un destello de razon su último pensamiento.

.....
Corramos, lector: hemos de llegar á palacio al mismo tiempo que la noticia...

(La reina y madama de Lamballe: luego Luis XVI.)

LA REINA. Hija mía, Mirabeau ha muerto: se ha perdido el mejor instrumento.

EL REY. (entrando.)

Cierto; era ese Mirabeau una cosa que nos convenia, pero á cuya falta no debemos dar grande importancia. Mas necesaria me es ahora una lima que se ha desaparecido y sin la que no puedo dar fin á esta cerradura, que tengo casi concluida, para la puertecilla del invernadero.

LA REINA. ¡Señor!... V. M. debía pensar menos en esas fútiles, y ocuparse mas seriamente de su corona.

EL REY. ¡Mi corona!... ¡Quién se atreverá á tocar, ni empañar el brillo de la corona de San Luis, que gozo por la gracia de Dios!...

LA REINA. ¡Señor!... Paris... la Francia entera... acordaos de lo querido que fué Enrique el Bearnés, y no faltó un Ravaillac...

EL REY. Vaya, amiga mía, hoy estás muy lúgubre... toma mi brazo, y...

(Salen.)

LA PRINCESA. (sola)

¡Qué será de nosotros!...

LEOPOLDO ROMERO.

Estamos seguros que nuestros lectores nos agradecerán la reproduccion de los siguientes documentos

(1) Histórico. Estas palabras las pronunció, dirigiéndose á su criado, que le sostenia.

poco conocidos en España, y hoy que se agita la cuestion religiosa, pueden dar á conocer la opinion del sabio Jovellanos: dichos documentos son la carta del obispo de Lugo y la contestacion de Jovellanos. Estas dos cartas no han sido publicadas ni en las colecciones del Sr. Nocedal, ni en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneira.

Dicen así:

CARTA DEL ILMO. SR. OBISPO DE LUGO AL EXCMO. SEÑOR D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

Excmo. Sr.:

«Mi dueño y amigo: Un obispo debe invertir sus facultades en socorrer las necesidades de sus diocesanos en el Seminario conciliar y otros institutos pios, que sirvan para sostener nuestra sagrada religion y combatir los filósofos de nuestros dias, que remueven y reunen todos los errores y horrores de los tiempos pasados y persiguen cruelmente á la Iglesia y potestades legítimas. Si se ha de juzgar por la sabiduría, honor y altas virtudes del director Cienfuegos, pocos progresos se puede esperar para la educacion y ejemplo de la juventud. En las actuales circunstancias seria lo mas acertado que V. se dedicara al cuidado de su casa, tomando estado y olvidando otros proyectos y vanidades del mundo, que ya nos ha dado bastantes desengaños.

Aquí hay salud, á Dios gracias, y celebro la de usted con la tranquilidad que me dice, que es cuanto se puede desear en este mundo, para pensar como debemos, en la felicidad eterna. Esto deseo para usted muy de veras, y que mande á este su mas afecto amigo y paisano Q. B. S. M.—FELIPE, obispo de Lugo, y Noviembre 12 de 1799.»

CONTESTACION DEL SR. JOVELLANOS.

Ilmo. Sr.:

«Por mas que yo aprecie el Instituto asturiano, nunca pudiera estrañar que V. se negase primera y segunda vez á socorrerle, porque estoy harto de ver olvidada la caridad pública de los mas obligados á ejercerla. Mas que V. se negase á contestar á mis reverentes oficios, y, sobre todo, que diese á mi amistosa carta tan despegada respuesta, ni lo esperaba, ni lo puedo pasar en silencio.

Aquella carta prueba que yo no ignoraba las obligaciones de V. como obispo, cuando recordaba las que tiene como miembro de la sociedad que le mantiene, y es bien estraño que V. solo recuerde las primeras para desentenderse de las últimas.

Sin duda que un obispo debe instruir al clero que le ayuda en su ministerio pastoral; pero debe tambien promover la instruccion del pueblo, para quien fué instituido el clero y el episcopado: debe mejorar los estudios eclesiásticos; pero debe tambien promover las mejoras de los demás estudios que V. llama profanos y que yo llamo útiles, porque en ellos se cifra la abundancia, la seguridad y la prosperidad pública; porque ellos destierran la ignorancia, la miseria, la ociosidad y la corrupcion pública; y en fin, porque ellos mejoran la agricultura, las artes y las profesiones útiles, sin las cuales no se puede sostener el Estado, ni mantener los ministros de su Iglesia. Y de aquí es, que si los obispos deben aversion á los filósofos que deslumbran y á las malas costumbres que corrompen los pueblos, deben tambien aprecio á los sabios modestos y proteccion á la enseñanza provechosa que los ilustra.

Lo que ciertamente no cabe en las obligaciones ni en los derechos de un obispo, es injuriar á sus prógimos con injusticia y sin necesidad. El director Cienfuegos ha merecido por su talento, su buena conducta y distinguidas prendas, el aprecio del cuerpo en que sirvió á S. M.: por estas prendas merece aquí el aprecio de cuantos le tratan, y particularmente el mio: que estoy muy satisfecho del celo con que desempeña el cargo que el rey le ha conferido.

Si tanto no ha bastado para merecer el aprecio de usted, pudo al menos esconder su carta esta flaqueza, y eso tuviera de menos desatenta.

Me aconseja V. que cuide de gobernar mi casa y tomar estado. El primer consejo viene á tiempo, porque no vivo de diezmos y cobro mi sueldo en vales. El se-

gundo, tarde, pues quien de mozo no se atrevió á tomar una novia por su mano, no la recibirá de viejo de la de tal amigo.

Concluye V. exhortándome á que aproveche los desengaños. No puede tener muchos, quien no buscó la fortuna, ni deseó conservarla. Con todo, estimo y tomo el que V. me da, y le pago con otro consejo, que probablemente será el último; porque de esta no quedará usted con ganas de darlos ni recibirlos. Sea V. si quiere, ingrato con su patria y desconocido con sus amigos; pero no caiga otra vez en tentacion de ser desatento con quien pueda tachárselo tan franca y justamente como—JOVELLANOS.

.....
Como complemento á la biografía que hace dias publicamos del señor duque de Montpensier, traducimos á continuacion algunos párrafos de un libro que acaba de publicar en Paris M. de Lagueronniere y que ha causado gran sensacion. Como hoy todo el mundo sabe que el duque de Montpensier solo aspira á la vida pacífica en el seno de su familia, no tememos dar á conocer la opinion de un ilustre extranjero:

Dice así M. de Lagueronniere:

«El duque de Montpensier es de raza real, se enlaza por las alianzas ó recuerdos de la dignidad real de su padre con todo lo que hay de notable en los jefes de Estado, y está á la altura de las situaciones y de los acontecimientos, contra los que es menester que se manifieste ostensiblemente la sagacidad de un soberano.

Tiene la ventaja de estar implantado en la dinastía que ocupaba el trono. Tiene para los españoles la naturalizacion para ser elegido, sin reunir los compromisos del poder caído, antes al contrario, perseguido como los que ahora forman el gobierno, tiene la aureola de su nacimiento, de su oposicion á la situacion anterior, cuyas cualidades le servirán á la vez para el brillo de su diadema y para el crédito de la política constitucional, de que esta candidatura no puede menos de ser la completa realizacion.

Esta es la razon de ser de un Orleans, rey limitado de España (así lo quieren despues de las saturnales de un poder arbitrario); no puede ser un rey abso luto de gobierno personal; no puede tener nada del género dictatorial; debe limitarse á ser un rey que no gobierne; ser un lazo que una los partidos; un moderador para desarmarlos y dulcificar su aspereza revolucionaria; estar distante de los escollos y abismos de la reaccion; ser un consejero amable, pero iniciar y promulgar en definitiva el movimiento del espíritu público y la decision de la mayoría; mantenerse á igual distancia de la centralizacion que rechaza el espíritu de los fueros y de la division anárquica de los partidos animados de odios reciprocos, y ofrecer la transaccion de una Constitucion muy liberal, á la par que muy guardadora de los derechos venerados, pero rejuvenecidos por el soplo de las instituciones basadas en el sufragio universal: tal es el medio de calmar al país, con un trono que sirviéndole de freno, de conciliador (tan necesario) pueda mantener los principios sociales con las inmunidades de un régimen constitucionalmente liberal.

Para esto es preciso un rey que conozca á España y comprenda que respetar su espíritu es el medio mas seguro para regenerarla sin dictadura; un reino paternal é imperturbablemente parlamentario, reconciliando el ejército y el pueblo. Para este todos los miramientos, consideraciones debidas á la pasiva y desgraciada victima del poder arbitrario; para aquel todos los honores que merecen los ejércitos, sin convertirlos en arma de terror contra la política; no debe poner trabas á las trasformaciones regulares del voto expresado legalmente, ni á las aspiraciones de esta gran revolucion que hace de las utopías de la víspera las leyes del dia siguiente; los ejércitos no son por su instituto elemento capaz para reorganizar una nacion.

Para esto importa que el rey se encierre en los límites trazados en una Constitucion libre. Un príncipe que, como el duque de Montpensier, reúne á la enseñanza recibida en su familia, las lecciones de las revoluciones de Francia y España, es el hombre que se necesita. ¿Dónde hallar otro que haya pasado por tales pruebas y esperiencias?»



PUENTE-VIADUCTO DE CHAUMONT.

VIADUCTO DE CHAUMONT.

El grabado que con este título publicamos en esta página de nuestro número de hoy, representa una de esas gigantescas obras de arte que de algunos años á esta parte se vienen construyendo en el vecino imperio, para facilitar la velocidad y el bienestar á la materia viajante.

El viajero que viene de Mulhouse á Paris admira la ligereza de las pilas, la elegancia de los arcos y la solidez y hermosura de esta obra gigantesca.

Es una copia exacta del puente del Gard, construido por los romanos, cerca de Nimes.

VITE-CELOM.

UN TERMÓMETRO NATURAL

No vayan Vds. á figurarse, queridos lectores, que quiero hablar de ese termómetro natural, conocido ya de todo el mundo, de los callos de los pies, no. A pesar de que mi abuela me dijera algunas veces:—Mira, niño, coge el paraguas, que va á llover, los callos me duelen;—nunca ha podido entrar en mi mente de que fuera este un medio infalible para prever los cambios de la atmósfera.

Mi termómetro, ó mejor dicho, el que nos ocupa, es una sanguijuela.

Hasta hoy la sanguijuela ha sido ventajosamente

apreciada por todo el mundo, sobre todo por los barberos, por el servicio que prestaba á los enfermos chupándoles la sangre viciada ó supérflua. Acaban de descubrir en ella una virtud no menos útil. Está llamada á servir de barómetro indicando el estado de la atmósfera con una precision tal, que un temporal no pudiera sorprender nunca de improviso á la tripulación de un buque, la cual tendría tiempo para tomar sus medidas oportunas y ponerse al abrigo de la tempestad ó prepararse á combatirla.

Desde hace mucho tiempo se habia reparado que al aproximarse un cambio de temperatura, las sanguijuelas se entregaban á ciertos movimientos que no le eran propios. En 1787, el poeta inglés Cooper, escribiendo á su prima, lady Hesketh, le hablaba de una sanguijuela que poseía en una botella y que, en el mar, le advertía de todos los cambios de la atmósfera. Siguiendo esas indicaciones se ha procedido á la construcción del nuevo aparato.

Un timbre está colocado á la extremidad superior de un hilo; á la parte inferior y todo alrededor del hilo están colocados los frascos, que contienen cada uno una sanguijuela. Una comunicacion está establecida por medio de varios hilos entre el cuello de los frascos y el hilo principal que termina en el timbre; un pequeño resorte, en que se adaptan esos hilos, está colocado en el cuello de cada botella, de modo que la sanguijuela, al quererse subir por el cuello, lo cual sucede siempre que está próximo un cambio de atmósfera, dispara el resorte, el cual tira del hilo y hacer sonar el timbre; de este modo, el capitán, aun-

que esté durmiendo, queda advertido de la tempestad que se prepara.

ENRIQUE LOVESCAR.

Á ORBELIA.

Soneto.

¿Ves, Orbelia, ese lago trasparente
Dónde á impulsos del aura embalsamada
Se mueve una barquilla abandonada,
Dividiendo las olas dulcemente?

¿No observas esa márgen esplendente
Por jazmines y lirios perfumada,
Cuál saluda á la mágica alborada
Que pinta en rosa y luz el bello Oriente?

¿Y el canto de las aves que ligeras
Flotan al viento la pintada pluma,
Ó bajando á las aguas plancenteras
Cortan veloces la rizada espuma?..

Pues esto que te tiene tan absorta,
Maldito, Orbelia, lo que á mí me importa.

ANTONIO DE ZALDIVAR.



PRISION DE GALILEO (Cuadro de M. Ch. Muller).

El brillante discurso de D. Emilio Castelar, y la discusión que ha suscitado en las Cortes entre este eminente orador y el canónigo Sr. Manterola, nos incita á publicar este célebre proceso.

EL PROCESO DE GALILEO.

I.

En 1642, Galileo, que contaba cincuenta y un años, era ya conocido en toda la Europa. En esta época había hecho ya la mayor parte de sus descubrimientos. Uniendo al talento la experiencia, había demostrado algunas de las proposiciones que son la base de la dinámica: había inventado el péndulo, la balanza hidrostática, el compás de proporción, el termómetro, el telescopio y el microscopio; ó al menos, si él no había concebido el primero la idea del telescopio, lo había llevado á un grado de perfección que lo convertía en un instrumento de una potencia inesperada.

Este instrumento, aplicado por él á la observación de los cuerpos celestes, le había permitido descubrir las manchas móviles del globo del sol, que probaban la rotación; la vibración de la luna y las desigualdades de su superficie; las fases de Venus; á Júpiter rodeado de cuatro satélites, etc. No había, pues, en la esfera de la ciencia un nombre mas grande que el de Galileo.

La mayor parte de estos descubrimientos confluían, como resultado necesario á la confirmación de la doctrina de Copérnico, es decir, á la rotación de la tierra y de los planetas al rededor del sol, centro del mundo.

Hacia tiempo que Galileo se había pronunciado en sus conversaciones con sus amigos y sus discípulos por la opinión de Copérnico, contra la de Aristóteles y de Ptolemeo; estaba en relaciones con Kepler, partidario

conocido de Copérnico, y Kepler acababa de imprimir en Praga una obra de Galileo, y de rendirle en el prefacio un testimonio público de admiración por su genio.

Estos descubrimientos trastornaban de la base á la cima las doctrinas admitidas sobre la incorruptibilidad de los cielos y del sol, y desconcertaban á los peripatéticos, muy numerosos entonces entre los profesores de las universidades y en la Iglesia. Las nuevas doctrinas habían irritado la envidia hasta el último grado, y, lejos de desarmarla, Galileo la había agriado por su carácter inclinado á la ironía y por su peligroso talento en la polémica. Tenía, por consiguiente, muchos enemigos en Pisa, en Pádua y en Roma entre los jesuitas y los padres dominicos.

Al principio se habían contradicho sus descubrimientos: cierto P. Scheiner, de Ingolstadt, había proclamado la prioridad del de las manchas del sol; después habían negado su realidad. También entre los catedráticos y los astrónomos de profesión había encontrado Galileo sus mas obstinados antagonistas. En 1641 se había dirigido á Roma para confundir su incredulidad, y á consecuencia de una entrevista en casa del cardenal Bellarmin, el P. Clavio, antiguo amigo de Galileo, convertido después en su adversario, tuvo que reconocer en un escrito firmado por él y por otros tres miembros del Sacro Colegio, que el telescopio permitía ver, en efecto, las manchas del sol tal como el sabio florentino lo había anunciado.

Sin embargo, la hostilidad crecía siempre, pero debía cambiar de terreno. Después de haber negado los descubrimientos de Galileo en nombre de la ciencia, iban á atacarle á él mismo en nombre de la fé.

En efecto, la constitución del mundo, tal como la revelaban los descubrimientos de Galileo y como la presentaba la doctrina de Copérnico, estaba en abierta contradicción con la Escritura.

No obstante que, como el mismo Galileo escribía á la gran duquesa Cristina de Lorena, diciendo que el Espíritu Santo ha querido enseñarnos en la Biblia cómo se va al cielo, pero no de cómo va el cielo, la nueva doctrina alarmó la ignorante susceptibilidad de los teólogos de aquellos tiempos.

Conciliábulos de frailes se celebraron para tratar el asunto en casa de Marzi Médici, arzobispo de Florencia, y hasta se extendió el rumor de que el P. Lorini, mezclado en estas maquinaciones, había atacado á Galileo en un sermón.

Este fraile le escribió para desmentir el hecho, aunque añadiendo: «Yo he dicho, como ahora digo, que esta opinión de este Ipernic, ó como le queráis llamar, me parece contraria á la Santa Escritura.»

Este Ipernic no es otro que el mismo Copérnico, error que da la medida de la ilustración de quien lo combatía.

Hacia el fin del año siguiente, 1613, en una comida en el palacio del gran duque, habiéndose promovido una discusión entre el P. Castelli y el Dr. Boscalia, catedrático de física de la universidad de Pisa, sobre las nuevas teorías, el P. Castelli, amigo de Galileo, se vió arrastrado por las objeciones de la gran duquesa á defender la doctrina del movimiento terrestre, bajo el punto de vista teológico.

Esta discusión fué referida á Galileo, y le dió ocasión para escribir á Castelli una carta, de la cual una copia cayó en poder del P. Lorini, y provocó bien pronto una emoción amenazadora.

Durante la cuaresma de 1614, un cierto P. Caccini pronunció, en la iglesia de Santa María la Nueva de Florencia, un sermón sobre este texto: *Quid statis aspicientes in celum, visi Galilæi?* (¿Qué miráis vosotros al cielo, hombres de Galileo?) Su sermón fué una diatriba contra los galileístas y contra la ciencia.

El P. Caccini fué reprendido por el general de los

dominicos; pero, en recompensa, fué llamado á Roma y nombrado director del convento de Santa María de Minerva.

En fin, en 1615, época en que comienzan á iniciarse las persecuciones contra el ilustre sabio, el P. Lorini denunció y entregó al tribunal de la inquisición la copia de la carta de Galileo á Castelli, y el P. Caccini vino á apoyar la acusación de herejía.

Galileo se vió obligado á ir á Roma para defenderse.

De todas partes se le aconsejó y rogó que no saliese de los límites físicos y matemáticos; era un consejo que le daban de comun acuerdo todos los que le querían bien: el príncipe Cesi, el cardenal Barberini, el cardenal Bellarmin, Mons. Bini. Esto quería decir que él debía guardarse bien de pretender que la Biblia no hace fe en materia de ciencia, aunque la hace en todo lo demás: debía contentarse, según sus amigos, con repetir la razones de Ptolomeo y de Copérnico, y dejar condenar la doctrina en nombre de la autoridad soberana de la Escritura.

Semejante temperamento implicaba que en todo conflicto entre la Escritura y la ciencia, ésta era la que debía ceder: Galileo no pudo resolverse á adoptarlo.

Antes de partir para Roma fué cuando escribió á la gran duquesa Cristina de Lorena la carta, de que antes se ha citado un párrafo, que concentra aquel documento.

Galileo solicitó y obtuvo del gran duque de Toscana la autorización de trasladarse á Roma; mas bien pronto, sin embargo, se esparció el rumor de que su viaje no era voluntario, y que Galileo había sido requerido á comparecer por una orden del santo oficio. En Diciembre de 1615 llegó á Roma y se hospedó en el palacio del embajador de Toscana.

Dos meses después, en Febrero de 1616, su asunto estaba terminado. No habiendo tenido publicidad su carta á la gran duquesa, no pudo ser perseguida; la inquisición tampoco había podido adquirir el original de la carta á Castelli, denunciada por Lorini: este original había sido devuelto á Galileo, que tuvo la prudencia de no desprenderse de él. Consiguio, pues, al menos por entonces, romper la trama urdida contra él.

Sin embargo, sus cartas sobre las manchas solares fueron examinadas: en ellas se descubrieron dos proposiciones relativas á la inmovilidad del sol y al movimiento terrestre, que fueron censuradas, calificadas de absurdas en filosofía y de heréticas.

Al día siguiente fué compelido por Bellarmin, en nombre de la inquisición y delante de testigos, á renunciar á la opinión herética, y se le prohibió «sostener, enseñar ó defender esta opinión de una manera cualquiera, de palabra ó por escrito.»

Una circunstancia le detuvo en Roma algunas semanas mas.

La congregación de Index procedía directamente contra la doctrina copernicana, y el 5 de Marzo dió un decreto en que, fundándose en que esta falsa doctrina tendía á divulgarse, la condenaba, no solo en los libros de Copérnico, sino en la persona de todos los que de ochenta años á entonces la habían sostenido en público y en particular, nombrando particularmente entre estos á Diego de Zúñiga (de Salamanca) y al carmelita P. Foscalia.

Galileo no fué nombrado en el decreto; pero se tuvo, sin embargo, cuidado de señalarle. Así es que se esparció por Toscana la noticia de que había sido condenado.

Fué menester que el cardenal Ballarmin le diese, á su petición, un certificado de que no lo había sido, y de que se le había transmitido únicamente la decisión, según la cual la doctrina de Copérnico, contraria á las Santas Escrituras, no podía ser «profesada ni defendida.»

El primer acto había concluido.

Si los enemigos de Galileo no habían conseguido mas que un semi-triunfo, habían arudado por lo menos los hilos que debían, después de un largo intervalo conducir al desenlace deseado.

(Se continuará.)

RECUERDOS.

Al volver atrás la vista
En el tránsito del mundo,
Al contemplar lo pasado
Y de sus huellas los surcos,
De las dichas y placeres
Reproducese el dibujo,
Pero nada distinguimos
De las penas y disgustos.
El recuerdo es del anciano
Su juventud y sus triunfos;
Del jóven la edad primera
En que á su razón dió impulso;
Del guerrero es la victoria
Su recuerdo mas seguro;
Del navegante la tierra
En donde sus plantas puso;
Del desterrado su patria,
Su cielo azul y aire puro,
Que dónde fuera su cuna.
Quiere tener su sepulcro;
Del poeta son los lauros,
Que de la vida en el curso
Recogiera con presteza
Creyéndose sin segundo.
Pero nadie evocar puede
Dolor acerbo y agudo,
Aunque lacerado el pecho,
Tenga con su férreo yugo.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

EL CAPITAN ERRADIO,

6

QUERER NO ES AMAR.

(Continuación.)

El capitán se paró un momento, luego prosiguió:

—En ese instante, las aguas rompieron la portafloa é hicieron irrupción en el camarote.

—¡Oh, Erradio! exclamó Fatmé, ha llegado ya la hora de la muerte, quédate á mi lado. Y apretándome violentamente entre sus brazos, pegó su boca contra la mía, cayó en un esparmo nervioso y se desmayó.

La llevé rápidamente á la batería, donde aún no habían penetrado las olas, y subí sobre cubierta.

La tempestad había redoblado de furor; el color de la luna se había vuelto de más en más opaco, y concluyó por desaparecer detrás de una especie de vapor morado, el cual, extendiéndose de repente en el cielo, le cubrió de un tinte deslucido y dió un reflejo pálido y colorado á todos los objetos.

Y las olas despedían tantas luces fosforescentes, que parecía que la mar estuviera en fuego.

Y un fuerte olor de betún se extendió sobre la atmósfera.

Y un rayo pálido surcó el cielo, y un trueno violento retumbó por encima de la corbeta.

—Colocar los para-rayos, dije á mi teniente; temo un tifón.

Quise dar otras órdenes, pero fui interrumpido por un violento trueno acompañado de un rayo luminoso, que pareció inflamar la electricidad acumulada y condensada en derredor de la corbeta.

En un instante la cima de los mástiles, la enrujijada de las vergas, las cadenas de los obenques, en fin, todo cuanto ofreciere la menor sobre faz de hierro, fué sobrepujado de una llama azul, ligera y rápida, la que sin fijarse, revolteaba en las tinieblas.

—¡Es el San Telmo! dije: timonel, cuidar la caña; el tiempo se vuelve muy oscuro.

Efectivamente, la atmósfera se había vuelto tan espesa, tan densa, la oscuridad tan completa, que no nos podíamos ver, ni tocándonos.

—¡Encended los fanales!

Pero apenas acababa de dar esta orden, cuando una inmensa columna de aire cayó sobre la corbeta con la rapidez del rayo.

La conmoción fué espantosa y el mastelero, roto por la fuerza del aire, me cayó sobre la espalda izquierda.

Me llevaron desmayado á la batería donde había dejado á Fatmé. Tan luego como hube recuperado mis sentidos, quise volver á subir sobre el alcázar, pero ni siquiera podía moverme. Hice llamar á mi teniente, y después de haberle dado algunos consejos y dictadas algunas órdenes, le encargué del mando de la *Pantera*.

Al verme Fatmé en ese estado, quiso levantarse y acudir para dispensarme sus cuidados; pero el doctor no lo permitió, queriendo evitarnos emociones muy fuertes.

Y ella, resignada, se quedó tendida sobre su diván, fijando sobre mí sus ojos llenos de lágrimas, que despedían miradas llenas de ternura y de amor.

Y yo me sentía vivificar bajo la impresión de aquellas miradas encantadoras, y mi dolor me parecía dulce.

Entretanto la tempestad seguía mas fuerte que nunca. Todo lo que no era precisamente útil se había arrojado á la mar, para aliviar la corbeta de su peso.

A la media hora de estar en mi camilla, la *Pantera* sufrió una sacudida.

Llamé, grité para saber lo que ocurría; nadie vino, la tempestad cubría mi voz... Reuní todas las fuerzas de mis pulmones y por un esfuerzo desesperado, que la fiebre rindió mas atronador, volví á dar un último grito.

Un grumete acudió

—¿Qué hay de nuevo?

—Estamos perdidos, capitán; la corbeta, orzando, acaba de barar.

Y la corbeta se levantó, corrió una braza, volvió á dar otro golpe, en fin un tercero y estalló en su maderamen, desunido por las sacudidas profundas y sordas que hacían oscilar su quilla; entonces un solo grito, un grito doloroso, inmenso, retumbó. Distinguí un gran movimiento sobre la cubierta, y las palabras de la plegaria al Dios creador, recitadas por la tripulación entera, llegaron distintamente á nuestros oídos.

Fatmé unió su voz á la de los marineros, y yo uní á ellos mi plegaria.

Luego todo, menos la tempestad, recayó en un profundo silencio.

Mandé venir á dos marineros, y después de haber tomado un cordial, subí sobre el puente apoyado en sus brazos. Fatmé se había quedado rezando en la batería.

Extendí la vista sobre el cielo, consulté la brújula y dije á Alvarez:

—Todo ha concluido. Nos sobra apenas una hora para construir una balsa; esta es nuestra última esperanza.

Hice reunir la tripulación en torno mio y les dirigí estas cortas palabras:

—Hijos míos, todo está perdido; el solo medio de salvación que nos queda es la construcción de una balsa; con ella llegaremos quizá á una tierra salvadora. ¡A la obra, pues, con orden y vigor!

Al oír esto, todos los marineros se pusieron al trabajo. En menos de quince minutos habían reunido sobre cubierta toda la madera que pudieron sacar de la corbeta; los mástiles, las vergas, las cuerdas, todo desapareció, y en un instante la *Pantera* se encontró reducida al estado de ponton.

A pesar de la actividad de mis hombres, la construcción de la nueva embarcación adelantaba muy poco; la mar seguía mas fuerte y de leva; el viento seco, y las olas, rompiendo contra las rocas, sublevaban la corbeta y la dejaban caer con todo su peso.

Concluida la balsa, la pusimos á la mar, cargándola con todas las provisiones que había á bordo.

Hice subir á Fatmé sobre la cubierta, pero no quiso bajar sin mí. Entonces la tripulación empezó el embarque con orden, y me disponía á seguirla llevando á Fatmé en mis brazos, cuando una ola monstruosa se acercó burbujeando hacia la corbeta. Levantóse casi á la altura de las gavias y se precipitó sobre la *Pantera*, pero al encontrar esta resistencia, sublevó la corbeta y á una altura prodigiosa la echó casi sobre su estribor, y pasando por debajo cogió en flanco á la balsa, rompió la amarra y se la llevó envuelta en su curva, á una distancia de media milla.

Al volver de mi primer estupor, me arrojé sobre la amarra, pero solo cogí un chicote; entonces comprendí lo que había sucedido.

Durante dos horas de mortal angustia, seguimos Fatmé y yo los movimientos de la balsa, hasta que la noche no nos permitió distinguir mas que un cielo de tinieblas, y el ruido sordo de la tempestad y de las olas furiosas.

ALBERTO MONTAUD.

(Se concluirá.)

SOLILOQUIOS AMOROSOS

DE UN ALMA Á DIOS.

Traducidos del latin por LOPE DE VEGA.

(Conclusion.)

É importándome, Señor,
Tanto el verlos perdonados,
Mas que llorar mis pecados,
Me sabe llorar de amor.
Pésame de no tener
Gran caudal para llorar,
Por mí, de puro pesar,
Por Vos, de puro placer.
Prestadme fuentes y rios
Vuestras eternas corrientes,
Aunque en estas cinco fuentes
Las hallan los ojos míos.
Ya, Jesús, mi corazon
No sabe mas de llorar,
Que le ha convertido en mar
El mar de vuestra pasion.
Hay unos hombres tan raros
Que se sustentan de olor;
¡Oh, quién viviera, Señor,
De llorar y de miraros!
Y cuando del llanto en calma
Por falta de humor quedase,
¿Quién por de dentro llorase
Desde los ojos al alma?
Para llorar hé pensado.
¡Oh celestial hermosura!
Que no hay mejor coyuntura
Que veros descoyuntado.
¡Ay Dios, si os amara yo
Al paso que os ofendí!
Mi amor me dice que sí,
Y mis pecados, que no.
Si tanta pena es perderos
Y tanta gloria ganáros,
Cuando supe imaginaros,
¿Cómo no supe quereros?
¡Oh gloria de mi esperanza!
¿Como fué tal mi rudeza,
Que dejase la firmeza
Y buscarse la mudanza?
Mas yo lloraré de suerte
Mis pecados, Cristo mio,
Que mi vida vuelta en rio
Corra hasta el mar de la muerte.

VII.

Hoy para rondar la puerta
De vuestro santo costado,
Señor, un alma ha llegado
De amores de un muerto muerta.
Asomad el corazon,
Cristo, á esa dulce ventana,
Oíreis de mi voz humana
Una divina cancion.
Cuando de Egipto salí,
Y el mar del mundo pasé,
Dulces versos os canté,
Mil alabanzas os di.
Mas ahora que en Vos veo
La tierra de promision,
Deciros una cancion
Que os enamore, deseo.
Muerto estais, por eso os pido
El corazon descubierto,

Para perdonar despierto,
Para castigar dormido.
Si decís que está velando,
Cuando Vos estais durmiendo,
¿Quién duda que estais oyendo
A quien os canta llorando?
Y aunque él se duerma, Señor,
El amor vive despierto,
Que no es el amor el muerto,
Vos sois el muerto de amor.
Que si la lanza, mi Dios,
El corazon pudo herir,
No pudo el amor morir
Que es tan vida como Vos.
Corazon, de mi esperanza
La puerta teneis estrecha,
Que á otros pintan con flecha
Y á Vos os pintan con lanza.
Mas porque la lanza os cuadre,
Un enamorado dijo,
Que á no ver puerta en el Hijo.
¿Por dónde se entrara al Padre?
Anduve de puerta en puerta,
Cuando á Vos no me atreví,
Pero en ninguna pedí
Que la hallase tan abierta.
Pues como abierto os hé visto,
Á Dios quise entrar por Vos,
Que nadie se atreve á Dios,
Sin poner delante á Cristo.
Y aun ese lleno de heridas,
Porque sienta el Padre Eterno,
Que os cuestan, Cordero tierno,
Tanta sangre vuestras vidas.
Vuestra Madre fué mi estrella,
Que siendo huerto cerrado,
Á vuestro abierto costado
Todos llegamos por ella.
Ya con ansias del amor
Que ese costado me muestra,
Para ser estampa vuestra
Quiero abrazaros, Señor.
La cabeza imaginé
Defendieran las espinas,
Y hallé mil flores divinas
Con que el desmayó pasé.
Porque ya son mis amores
Tan puros y ardientes rayos,
Que me han de matar desmayos
Si no me cubris de flores.
Cuando á mi puerta salí
A veros, esposo mio,
Coronada de rocío
Toda la cabeza os ví.
Mas hoy que á la vuestra llego,
Con tanta sangre salis,
Que parece que decís:
Socórreme, que me anego.
Ya voy á vuestros abrazos
Puesto que descalza estoy,
Bañada en lágrimas voy;
Desclavad, Jesús, los brazos.

FIN.

LAS AVENTURAS DE CHIRIVITAS.

ESCRITAS POR TODO EL MUNDO.

(Conclusion.)

Mientras Chirivitas comia con repugnancia, un coloquio muy animado tenia lugar entre un parroquiano y el dueño de la casa.
—¡En esta casa le roban á uno como en la sierra! exclamaba el consumidor. Anteayer me han pedido dos duros por mi comida. Ayer, por los mismos platos me han pedido tres, y hoy, que hé pedido exactamente la misma comida, me traen una cuenta de cuatro duros. ¡Esto es robar sin vergüenza!
Y el dueño le contestaba:
—Ha habido equivocacion en las dos primeras veces; la cuenta de hoy es la verdadera.

Y como el parroquiano se indignase, añadió:
—Pero, no tenga V. cuidado, caballero, no le pido á usted el esceso de las dos primeras veces.
Concluido que hubo de cenar Chirivitas, que lo habia encontrado todo muy malo y muy caro, hizo llamar al dueño de la fonda.

—Caballero, díjole, ¿quiere V. abrazarme?
Y como el dueño vacilase á semejante pregunta:
—Sí, continuó, me despido de V. porque es la última vez que nos vemos.

Y despues de haber pagado sus cuatro duros y una peseta mas por llevarse dos mondadientes, Chirivitas, contento con su pequeña venganza, se dirigió hácia un teatro, donde queria concluir el día.

Al llegar al despacho de billetes, encontró un mozo regañando con el expendedor; hé aquí lo que habia sucedido:

Un caballero habia encargado al buen gallego le fuese á buscar una butaca al teatro. El hombre habia dado el dinero al expendedor, el cual le habia dado en cambio un pedazo de papel del que no hizo caso el gallego.

No viendo este llegar butaca ninguna, empezó á regañar con el expendedor y le trataba de ladron.

Le habian enviado á por una butaca, y el queria una butaca.

—He traidu mi cuerda expresamente, concluyó el gallego.

Con su elocuencia, verdadero don que tenia del cielo, Chirivitas llegó á convencer al mozo, que se marchó murmurando contra esos ladrones de madrileños.

Entrado en la sala, Chirivitas se paró de nuevo para oír una discusion trabada entre un caballero grueso y un acomodador.

El caballero, deseando estar á sus anchas, habia pedido dos asientos y se los habian dado de dos filas diferentes. Estaba, pues, explicando la equivocacion y deseaba que se reparara; pero al acomodador no le acomodaba el nuevo arreglo que le proponia el hombre grueso. Intervino un agente de servicio público para hacer justicia, y viendo que el caballero tenia razon de exigir los dos asientos próximos, le hechó fuera de la sala y la cuestion quedó zanjada, quedando los dos asientos en beneficio de la administracion.

Habiéndose levantado el telon, la pieza empezó por un coro; pero enseguida se vió interrumpido por la voz de un forastero que entraba por vez primera en un teatro:

—¡Ah! los tunantes! cantan todos á la vez para concluir mas pronto!

Hicieron entrar en razon al campesino y continuaron hasta la entrada de un debutante que debiendo desempeñar un papel quinto, apareció en la escena con traje de capitán general.

Hé aquí la razon del disfraz.

Poco contento de su papel, el actor habia solicitado otro del director, diciendo que el que le daban no era de su competencia; pero este le habia probado, contrato en mano, que debía desempeñar todos los papeles jocosos y de enamorado en general. El artista no habia replicado nada y habia interpretado á su gusto la cláusula de su contrato, y salia aquella noche á desempeñar el papel de quinto con un traje de general.

Esta equivocacion excitó la hilaridad del público, y un trueno de aplausos retumbó en la sala.

Chirivitas quedó frio ante semejante equivocacion, y no hizo demostracion alguna, sino de descontento. No sucedió lo propio á un vecino suyo, que era manco. Pero como su enfermedad no le permitiera aplaudir, rogó á nuestro héroe le prestase su mano izquierda, y él, con la mano derecha, empezó á aplaudir con tanta fuerza y alegría, que Chirivitas, sensible á toda brutalidad, se enfadó y necesitó toda su prudencia para evitar un duelo.

El público no habia vuelto enteramente de su sorpresa, cuando el grito de un niño volvió á distraer su atencion.

Estaba este sentado en las butacas con amigos de sus padres, los cuales ocupaban un palco principal. Desde largo rato estaba haciendo todos los esfuerzos de que eran capaz sus débiles fuerzas para detener cierta necesidad ostensible, y á cabo de paciencia:

—Mamá, exclamó, levantando la cabeza, suéname.
El marido de una señora sentada delante de Chirivitas, aprovechó esta ocasión para dar libre curso á su indignación.

—¡Acaba V. de coger el tío á mi mujer!

—Registre V. mis bolsillos, contestó néciamente Chirivitas, que esa acusación extrañaba.

(Entre nosotros sea dicho, había sido el manco.)

Este altercado fastidiaba al público, y la palabra amenazadora: ¡Fuera! empezó á caer del paraíso. Acudieron dos agentes, y en algunos instantes nuestro desgraciado héroe se encontró, no há sabido nunca cómo ni de qué manera, sentado en un banco de la prevención.

Quiso dormir para olvidar su desventura, pero cada cuarto de hora el cabo de guardia entraba con ruido en el cuarto.

—¿Va V. á seguir mucho tiempo en esta comedia? preguntó Chirivitas, ¿y qué quiere V?

—Vengo á ver si no se ahorca V. á los barrotes de la ventana, porque no pasa semana sin que lo haga algun detenido, por mas precauciones que se tomen para evitarlo.

—¿Quiere V. que le enseñe un medio eficaz para que no vuelva á suceder semejante desgracia?

—¿Cuál es este?

—Quite V. los barrotes.

—¡Toma! es una buena idea esta. Ya la presentaré á mis jefes; pero no diga V. nada, y si me dan un privilegio de invención... á medias... ¿hé?

Se conoce que la autoridad no apreció la invención de Chirivitas, pues los barrotes adornan aún las ventanas de la prevención.

Después de una noche fatal, Chirivitas se hizo afianzar por otro sobrino que tenía dependiente de una tienda de comestibles. Este, escandalizado de que su tío estuviera preso, exclamó:

—¡Dios! un tío sin conducta! Que no espere nada de mi herencia.

Este último golpe terminó las aventuras del pobre Chirivitas. Al consultar su almanaque para guardar recuerdo de tan nefasto día, se quedó horrorizado.
¡¡Era un viernes y un trece!!!

(Por copia.)

EMME.

SECCION AMENA.

EMOLUMENTOS DE LOS VERDUGOS.

Acaba de exhumarse un curioso pergamino que encierra interesantes detalles sobre el sueldo de los verdugos en el siglo XVII.

Los registros de la mairia de Amiens, son los que nos dicen cuales eran las ventajas anexas al empleo de ejecutor ó sargento de la alta justicia.

60 escudos por año,—25 por el rey y 35 por la ciudad,—pagaderos mensualmente y anticipados.

Además, por la ciudad, 5 varas de paño de Amiens para hacerle un traje, y tiene su habitación en una casa que pertenece á dicha ciudad. Además se le dá de limosna en el hospital por navidad, 3 azumbres y 3 cuartillos de trigo y otro tanto en la pascua.

Se le otorga por salarios:

Por azotar una persona bajo la cortina, 15 sueldos.

Por golpear y azotar una persona en las encrucijadas, 20 sueldos.

Por poner la cuerda al cuello á una persona azotada, inclusa la cuerda, 5 sueldos,

Por marcar, comprendido el fuego, 5 sueldos.

Por ahorcar y estragular, 80 sueldos.

Por descolgar el cuerpo y llevarlo al campo á la justicia ordinaria, incluidas las cuerdas, 60 sueldos.

Por cortar una mano, 40 sueldos.

Por sacar y cortar la lengua, 40 sueldos.

Por cortar la cabeza, un escudo y 20 sueldos.

Por poner la cabeza en un lugar eminente, llevar y ahorcar el cuerpo fuera de la ciudad, 1 escudo y 20 sueldos.

Por romper los miembros en la rueda, 1 escudo y 40 sueldos.

Si después divide al paciente en cuatro cuartos y lleva los cuatro á diversos parajes de la ciudad, tiene igual salario.

Por atezar y derramar plomo derretido en las venas, 40 sueldos.

Por descuartizar, 1 escudo y 40 sueldos.

Por meter una persona en agua hirviendo, viva ó estrangulada, 1 escudo y 20 sueldos.

Si después el cuerpo se convierte en cenizas, no tiene mayor salario.

Por cada persona quemada y reducida á ceniza, viva ó estrangulada, 1 escudo y 20 sueldos.

Mediante las cuales sumas, el dicho sargento de la fuerza pública está obligado á suministrar y entregar las cuerdas, espada, cuchillo, tenazas, martillo y demás útiles; pero no á suministrar las escalas, horcas, leña, carbon, ni ningun gasto de carbon ó carro.

Epigrama.

Compras Celia, del tendero
La belleza de tu cara,
Esta culpa te bastara
Sin venderla por dinero.
Aunque si tú de la tienda
La compraste, y fué pagada,
Belleza que fué comprada
No me admira que se venda.

MADRID.—1869.

IMPRENTA DE NOGUERA,

Bordadores, 7.



El inventor del Aceite de Bellotas

AL PUBLICO EN GENERAL.

Quando un capital de tiempo, desvelos y dinero ha constituido la obra que el individuo se propone, da derecho á su propiedad; todo plágio ó falsificación se considera como un robo. El *Aceite de Bellotas* de mi invención, para los cabellos, «que mas de 200 periódicos han recomendado» se ha tratado de falsificar, haciendo groseras composiciones, plagiando mis etiquetas, imitando mis frascos, etc., etc.

A la humanidad entera diré, que el secreto de fabricación y materias que componen este precioso cosmético medicinal no ha sido revelado á nadie, absolutamente á nadie: desconfiase por lo tanto del que no se venda en la calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal, (frente al Pasaje de Murga), almacén de la fábrica, á 6, 12, y 18 rs. frasco, único depósito en Madrid: mi nombre está grabado en las etiquetas y en los frascos: mis prospectos timbrados para conocer el legítimo, que es este, del falsificado.

A los falsificadores les aplicaré el soneto, en su parte relativa, que García López dedica á los plagiarios:

«Ratero del Parnaso, bardo huero;
Petrarca en comision, sabio anarquista,
del divino jardín contrabandista
Judas del arte, sacristan de Homero;
Acólito del genio verdadero;
de ageno capital capitalista;
conquistador sin medios de conquista;

Moreto de carton, Tasso de cuero;
Detén tu audacia ya; de tu delito
se ocupan, rebuscándote un fracaso,
cuantos aman del arte lo infinito;
Y por cerrarte para siempre el paso,
se ha mandado á las Musas por escrito
que haya guardia civil en el Parnaso.»

El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el globo.

Not. Desde 1.º de Marzo de 1869, se han adoptado nuevos frascos de cristal ingleses, de 20 por 100 mas de cabida, en obsequio al público que tanto nos distingue.

Dirigirse al nuevo almacén, calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal. Por mayor se hace 25 por 100 de descuento.

SIMARRO

Y

compañía.



CALLE

DE LEON

n.º 30.

La administración de este periódico ofrece á sus numerosos favorecedores hacerse cargo de toda clase de impresiones que se les ocurran, con una economía desconocida hasta hoy.

CHOCOLATES.

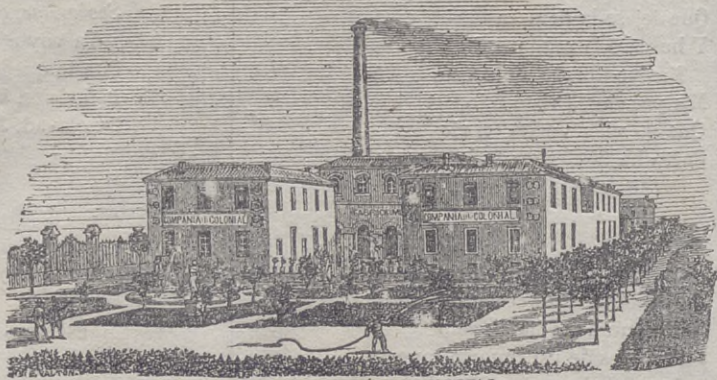
FÁBRICA MODELO

DE LA

COMPANÍA COLONIAL.

14 AÑOS DE EXISTENCIA.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.



VISTA DE LA FÁBRICA MODELO.

CAFÉS, TÉS, TAPIOCA

DE TODAS CLASES.

Depósito general, calle Mayor 18 y 20.—Madrid.

SUCURSAL, MONTERA, 8.

En la Administración de este periódico se necesitan comisionados viajeros para provincias. Para tratar de condiciones dirigirse á la misma, calle de Prim, núm. 33.